

El Mercurio, 27 Diciembre de 2000

FUTURO MUSICAL

Hace algunos días, gracias a una generosa invitación de la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados de Chile, pude constatar el general apoyo de todos los sectores a nuestro Programa Nacional de Orquestas Juveniles, que a partir del próximo año estará a cargo de una fundación integrada por personas de un amplio espectro cultural y presidida por la señora Luisa Durán de Lagos, vinculada a esta actividad desde su nacimiento, en 1992.

En este momento existen más de 45 orquestas de jóvenes que han surgido y seguirán surgiendo a lo largo del país, por lo que debemos ir preparando el camino para acoger a aquellos jóvenes con un talento especial que quieran dedicarse a la música como actividad principal.

Para ello es indispensable ir creando, dentro de la nueva institucionalidad cultural, espacios y financiamiento para nuevos conjuntos musicales de carácter profesional, que acojan a los jóvenes una vez terminada su etapa de aprendizaje. A propósito de esta materia, debo aclarar un grave equívoco que existe en algunas personas vinculadas a nuestra cultura. Este es el temor a los llamados conjuntos estables. De partida, el término de "conjuntos estables" me provoca un natural rechazo; su verdadero nombre debería ser agrupaciones artísticas profesionales de carácter permanente. En el caso de la música, ellas son coros y orquestas.

Es necesario comprender, por ejemplo, que sin estas importantes agrupaciones el Teatro Municipal de Santiago sería un lugar vacío y sin vida. No creo que en estos tiempos alguien, medianamente sensato, pudiera considerar un beneficio que la ópera o los conciertos los realizaran coros y orquestas venidos del exterior, tal como se hacía en las salitreras durante el siglo XIX. Esos tiempos han sido largamente superados y, en la actualidad, nos enorgullecemos de contar con conjuntos propios. Dichos conjuntos han sido capaces de congregarse a numerosas personas en torno a ellos, y, al mismo tiempo, las personas han encontrado en los conjuntos un aliciente importante para su vida espiritual.

Mientras trabajaba en Valparaíso, en la década de los '60, mi labor musical era sólo fuente de angustia permanente. Había que convencer día a día a las autoridades de que la música tenía una razón de ser en la universidad y en la ciudad. Ellos consideraban que si hasta entonces habían podido sobrevivir sin música propia, no comprendían por qué ahora podrían necesitarla.

Tan cierto era lo anterior, que, a mediados de la década de los '70, desaparecieron en el país orquestas profesionales en las ciudades de La Serena, Valparaíso, Valdivia y otras. En Santiago y Concepción no desaparecieron, porque las autoridades comprendieron que la actividad estaba muy entroncada en la vida de sectores importantes de la población.

En la actualidad, necesitamos extender esta conciencia a las principales ciudades del país. No existe la posibilidad de una vida cultural si no existen conjuntos musicales que puedan interpretar en vivo y en directo las obras de los grandes compositores de los distintos períodos. Por muy importantes que sean la globalización en el mundo actual, las grabaciones discográficas, los

programas de televisión, ellos no podrían jamás sustituir el impacto de la música que se realiza en vivo, aquí y ahora.

Gracias a la labor mancomunada de muchos grupos artísticos, en diversos sectores de la población, la música ha llegado a convertirse en necesaria. Sin embargo, en nuestro país esta necesidad es todavía la de una minoría. Por otra parte, la música clásica, que es muy importante para todos, no ha dado suficiente espacio a la música del siglo XX. Si queremos desarrollar la creación musical necesitamos para ello que haya más conjuntos y que la interpretación de obras latinoamericanas y chilenas se convierta en una actividad permanente.

Si hoy pensamos contar con una mayor infraestructura cultural es indispensable que el Estado colabore para que existan más conjuntos artísticos profesionales de carácter permanente que puedan ocuparla para beneficio de todos.

Por último, es fundamental que las generaciones actuales no hagan recaer las carencias culturales que ellas han sufrido en las generaciones futuras. Por esta razón, en este momento debemos abocarnos a la tarea propuesta.

Fernando Rosas

Presidente

Fundación Beethoven